

---

## ESLABONES OLVIDADOS: ¿UNA COMPLICACIÓN PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO DE VIDA?

*Betzabeth Reyes Pérez\**

*Nosotros como educadores necesitamos reconocer  
que los problemas sociales son algo propio;  
que ellos y no solamente sus consecuencias son algo propio,  
que nosotros somos parte de las causas que los producen  
por lo que hemos hecho y dejado de hacer  
y que tenemos un papel necesario en encontrar su solución.*

J. DEWEY (1994, p. 102)

El presente texto tiene como objetivo primordial analizar una problemática específica vivida en una escuela pública, con base en algunos referentes conceptuales. Daré elementos básicos desde una perspectiva deweyana para lograr una reflexión a partir de una conexión entre teoría y práctica.

---

\* Pedagoga por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Aunque la propuesta de John Dewey (filósofo y pedagogo estadounidense, que vivió de 1859 a 1952) se remonta a casi un siglo y se vislumbra desde un contexto geográfico distinto, me atrevo a decir que sus textos son vigentes, y que los problemas sociales y educativos presentados en su contexto no distan de lo que actualmente sucede en México.

El presente texto parte de la lectura del relato que lo precede: “Rutas y retos... proyecto de vida”; en éste, la autora (profesora de escuela secundaria técnica en la asignatura de Cívica y Ética y partícipe de la situación expresada) considera la problemática de lo que constituye la construcción del proyecto de vida de un sujeto. Comienza por su experiencia personal, hace un recorrido cronológico de su vivencia académica, y concluye con la situación específica de uno de sus alumnos.

Consideraré dos elementos que logro identificar en el relato y que interactúan continuamente: los problemas sociales que interrumpen la construcción del proyecto de vida del sujeto, y la función de la escuela como un espacio para educar y socializar al individuo. Cabe mencionar que en la escuela se refleja la realidad social, a través de complicaciones y progresos que permean de modo directo su funcionamiento.

La construcción que el sujeto hace de sí mismo no nace de la nada, es más bien una expresión de lo que ha aprendido en el grupo al que pertenece, a través de la educación recibida en primera instancia por la familia; ésta le dará herramientas necesarias para su posterior incorporación a la escuela, que le permitirá una mejor incorporación al medio social al que pertenece. Es un proceso de formación; Pasillas (2001, p. 88) afirma al respecto que “... en la formación se articulan una existencia exterior, un proyecto personal y el proceso de apropiación de una práctica socialmente instaurada”; en este sentido, queda clara la interacción que existe entre el individuo y la colectividad en el proceso para conformar su proyecto de vida.

En esa existencia exterior podemos referirnos a la afectación que produce en el individuo la relación escuela-sociedad, que es

continua y estrecha, debido a que el desarrollo de la primera se fundamenta en el cambio de la segunda; es decir, en cierta medida la educación responde a las problemáticas sociales que se dan. A su vez, la escuela como espacio educativo, tiene implicaciones políticas para la participación del sujeto en la sociedad. La importancia educativa es tal, que desde una mirada deweyana podríamos afirmar la pretensión de que “alcanzar sus fines respecto al individuo y a la sociedad, tiene que basarse en la experiencia, la cual es siempre la experiencia vital real de algún individuo” (Dewey, 1958, p. 121); existe una relación continua entre contenido y realidad social.

Es inevitable pensar al sujeto en grupo, pues se consolida a partir de él y de las relaciones que establece. Estas relaciones no siempre son favorables. Para Dewey, el sujeto constantemente se enfrenta a problemas que en algún momento le llevarán a la reflexión para buscar soluciones o explicaciones de lo que está viviendo.

Dewey no piensa al sujeto y a la comunidad como unidades dicotómicas o extrapoladas; la comunidad es un conjunto de individuos que comparten elementos fundamentales para interactuar. En *El niño y el programa escolar*, Dewey dedica un capítulo al análisis de algunos problemas sociales a los que se enfrenta la escuela en ese momento, y hace una crítica sobre la función de los individuos. Lo que más complica la situación es que los sujetos no se apropian de los problemas, existen unos cuantos que se involucran, pero hay otros que se autoeximen de tales situaciones y se muestran indiferentes; el peor escenario radica en que al llegar las consecuencias, éstas perjudican a todos (Dewey, 1967, pp. 95-107).

La convulsionante realidad social que se vive hoy en México, es de sumo interés para la pedagogía; la relación estrecha que existe entre los problemas sociales de nuestro país y la función de la escuela exige su reflexión e intervención; demanda un intento por comprender y dar respuesta a las situaciones que se presentan y afectan el campo educativo.

Se notan a simple vista situaciones graves de violencia, el propio gobierno ha implementado estrategias violentas con el fin de resar-

cir daños en la comunidad, como el narcotráfico; se han dado cifras escalofrantes como resultado de su combate. En diciembre de 2013 por ejemplo, se anunciaron 136,000 muertos en total, ¿qué número le pondremos hoy?

Este clima de violencia y de transformación en las estimaciones de los sujetos ha colocado el valor del dinero y el poder sobre la misma vida, y entonces es cuando escuchamos o vemos a jóvenes (como los alumnos referidos en el relato) que quieren un progreso económico, sin importarles el fin al que deben llegar, ya sea narcotráfico, secuestro u otras “formas de trabajo”, que en nuestra sociedad se dejan ver cada vez con más frecuencia.

Ante tal situación, es necesario preguntarse qué hemos hecho por cambiar las posibilidades de progreso que quieren muchos jóvenes. Pareciera que el marco es desolador, y desde la mirada docente expuesta por la profesora, puede notarse apatía en muchos núcleos familiares, en docentes y de parte de la escuela misma.

John Dewey refiere la necesidad de una transformación social a través de los educadores, apuesta a una reforma social a partir de la propia escuela, y plantea interrogantes que pueden darnos cierta direccionalidad para reflexionar sobre lo vivido, por ejemplo: “¿Cuál es el método por el cual el educador puede aproximarse a los problemas sociales actuales?” (Dewey, 1994, p. 96); sin duda, podemos proponer un sinfín de respuestas, pero ¿cuál de ellas es viable?

Pensar al educador como un transformador es una posibilidad analizada por Dewey; es pensar en un sujeto reflexivo e inteligente, no que posea la receta para cambiar el mundo entero, pero sí que intervenga con el fin de que sus alumnos aprendan de manera reflexiva, contenidos que se encuentran en constante relación con la realidad a la que deben hacer frente.

“¿De dónde derivaremos nuestros objetivos?”, expresa Dewey como educador. El problema es que los mismos educadores no hacen frente a esa realidad social a la que hago referencia; con ello no quiero decir que son responsables de lo sucedido, pero sí pretendo acercarme a la reflexión sobre la influencia que provocan en el

alumnado. Que un docente afirme sobre sus alumnos que: “no saben lo que quieren estudiar, algunos dicen narcotraficantes u otros choferes de taxis... lo conveniente es ser felices con su elección”, da pauta a preguntarse más y pensar en el papel del educador en nuestra sociedad.

En este sentido, Dewey refiere que: “Los educadores pueden establecer objetivos sociales que son delicados y nobles porque parten muy lejos de las condiciones y necesidades actuales, y por tanto, aislándose de los únicos medios por los cuales pueden alcanzarse sus deseos” (Dewey, 1994, p. 97). Es decir, el docente se aleja de la realidad que afecta a sus alumnos, lo revisado en clase no tiene que ver con lo que el alumno vive al salir de ella, algunos sienten pesar y desarrollan actitudes paternalistas, sin ayudarles a hacer frente a los problemas que enfrentan, y como el caso sugerido arriba, otros adoptan una visión un tanto hedonista en la que el fin perseguido es la felicidad, pero no ponen atención en los medios para llegar a ella.

El educador también es miembro de la sociedad en la que vive el alumno, ha de existir en él una preocupación e interés por las necesidades que se expresan, pero entonces, ¿cómo diría Dewey que debe actuar? *Grosso modo*, propone la intervención del educador a través de “los planes de construcción, ... y eficiente al realizar su función educativa” (Dewey, 1994, p. 101), por lo tanto, la tarea del educador es fundamental en nuestra sociedad, ya que atañe a la construcción del sujeto.

Su función no es externa a una institución, la escuela es quien lo norma; según Dewey, la escuela “debe preparar a los niños para la vida que éstos han de llevar en el mundo” (Dewey, 1994, p. 109). En otras palabras, se trata de ayudar a la construcción de su proyecto de vida, pensar cómo el individuo va a pertenecer a la comunidad, en qué medida participará para su desarrollo. De ahí que Dewey ponga la esperanza en el contenido educativo, siempre y cuando reproduzca las condiciones de la vida real (Dewey, 1994, p. 112), y es posible a través del educador.

La educación es pues, “un proceso de vida, no una preparación para la vida ulterior... la escuela, como institución, ha de simplificar la vida social existente; ha de reducirla a una forma embrionaria” (Dewey, 1994, p. 148).

Pero ¿cómo va a ser la escuela un espacio educativo si se reproducen condiciones de vida desfavorables en su entorno social? La apuesta de Dewey está en una educación democrática; una democracia como modo de vida que permita al sujeto ser parte de los problemas que existen y de sus soluciones. En este sentido, para Dewey “La democracia es un absurdo allí donde la fe en el individuo como individuo es imposible, y esta fe es imposible cuando la inteligencia es considerada como un poder cósmico y no como ajuste y aplicación de las tendencias individuales” (Dewey, 2011, p. 53), situación que contemplamos hoy.

¿Pero cómo podemos funcionar de manera comunitaria los individuos de una sociedad? Dewey pone como ejemplo la familia, en la que dice él, se comparten “intereses materiales, intelectuales y estéticos en los que participan todos, y que el progreso de un miembro tiene valor para la experiencia de los demás” (Dewey, 2004, p. 79). En nuestra realidad social no se ven esas relaciones y por lo tanto observamos situaciones que desfavorecen la vida colectiva y afectan a la mayoría, se propaga en gran medida un modelo de individualismo que nos aleja del otro, y hace buscar una constante competencia, sin importar un progreso colectivo, sino individual; responde a un modelo económico y político ya establecido.

Lo expuesto anteriormente aborda condiciones que interrumpen la construcción del proyecto de vida de los adolescentes, el cambio de valoraciones y las condiciones dadas le cambian su perspectiva, y la falta de participación social tanto de la escuela como de los profesores, aislándose de las problemáticas les restan herramientas para la posibilidad de cambio.

Estos problemas se reflejan en nuestras escuelas; situaciones violentas en gran magnitud se vuelven pequeñas representaciones en las aulas; los modelos de vida cambian, algunos comienzan a re-

conocer, admirar y hasta imitar a delincuentes famosos de nuestro país. Para muchos, esos delincuentes son referentes para su construcción de proyecto de vida, al querer, como ellos, progreso económico y poder. Entonces queda en segundo plano la educación, la escuela se desplaza a sí misma y niega ser parte de la construcción del problema, pero afirma –como lo menciona Dewey– ser perjudicada por las consecuencias de esas problemáticas.

No se está pensando en que los delincuentes actuales en algún momento fueron parte de una clase en una escuela pública, que no les ofrecieron herramientas útiles para la construcción de su proyecto de vida. Ellos respondieron a una lógica aprendida en la sociedad que prolifera: el “dime cuánto tienes y te diré cuánto vales”, es decir, mejores posibilidades económicas darán mayor poder, entonces alcanzarán su objetivo de vida:

la responsabilidad moral de la escuela, y de aquellos que la dirigen, es con la sociedad. La escuela es fundamentalmente una institución erigida por la sociedad para una tarea específica: ejercitar en ciertas funciones específicas orientadas a la conservación de la vida y el desarrollo del bienestar de la sociedad, el sistema educativo que no reconoce este hecho como algo que implica una responsabilidad ética es negligente y defectuoso (Dewey, 2011, pp. 16-17).

Las instituciones se deslindan de toda responsabilidad y culpan a otras por lo que sucede; no se está respondiendo favorablemente a los objetivos señalados en un principio, la escuela no está funcionando como se lo propone, y parece que muchos educadores están enajenados. Es necesario considerar la perspectiva deweyana y pensar la educación como “método fundamental del progreso y de las reformas sociales” (Dewey, 1994, p. 156). Por lo tanto, es necesaria la intervención del educador, su participación eficaz, que provoque en sus alumnos reflexiones que les obliguen a dar respuestas a los problemas que enfrentan, y logren construir un proyecto de vida en el que articulen los contenidos educativos procurando “un

desarrollo social acertado”, sin olvidar que la realidad social que vive el alumno al salir de la clase, es la misma a la que él se enfrenta.

## REFERENCIAS

- Dewey, J. (2011). *John Dewey: Selección de textos*. Medellín: Universidad de Antioquía.
- Dewey, J. (2004). *Democracia y educación*. Madrid: Morata.
- Dewey, J. (1994). *Antología socio-pedagógica*. Madrid: Ciencias de la Educación Preescolar y Especial.
- Dewey, J. (1967). *El niño y el programa escolar. Mi credo pedagógico* Buenos Aires: Losada.
- Dewey, J. (1958). *Experiencia y educación*. Buenos Aires: Losada.
- Dewey, J. (1951). *La ciencia de la Educación*. Buenos Aires: Losada.
- Pasillas, M. (2001). Condiciones socioinstitucionales de la actividad docente y la formación en el diálogo. *Perfiles educativos*, XXIII, 74-96.